

El tóxico en los márgenes del psicoanálisis

Maximiliano Antonietti

Son tiempos oscuros los nuestros. Tanto más lejos de la *polis*, cuanto más cerca del televisor, tanto más consumidores como menos ciudadanos, tan perezosos en los procesos como ávidos de imágenes. Si el futuro llegó hace rato, si el destino ha desaparecido a sangre fría, si el espíritu se refugia nuevamente en las microesferas individuales de los cuatro canales de cable para aprender a cocinar exquisiteces onerosas, no es la luz la que grita, es la oscuridad.

Existe una tendencia tóxica general de nuestros tiempos y -no podría ser de otro modo- el encuentro de las toxicomanías y el psicoanálisis promete. Sin embargo, es muy poco lo que se ha escrito sobre este encuentro. Quien quiera intentar esta literatura fácilmente lo puede comprobar. Que al tiempo de iniciada la lectura es evidente que no sólo se ha escrito poco, sino que, de lo poco, hay aún menos para el recuerdo.

Quizás sean unas cuantas las razones de todo esto. La primera de ese orden es que ni Freud ni Lacan se propusieron una verdadera "teoría" de las toxicomanías y, como sabemos, a los psicoanalistas no nos ha ido tan bien en aquellas cuestiones que no fueron allanadas por el trabajo de los maestros. En Lacan existen apenas tres o cuatro referencias al tóxico en función de las cuales (creer o no creer) hasta libros enteros han sido escritos. Que a unos cuantos psicoanalistas les basta con una frase de Lacan para, de ahí en más, deducir todo un orden de cosas.

En Freud las referencias no resultan tan claras. No puede decirse que las toxicomanías y el alcoholismo no hayan sido de su interés; basta para convencerse de ello los trabajos sobre la coca.¹ Pero tampoco publicó nada en forma de historial, ningún caso donde las cuestiones del tóxico tengan algún protagonismo. Apela a la noción de tóxico en varias ocasiones, pero en ningún momento intenta una teoría que lo sistematice. Así de intrigados nos deja Freud al respecto.

La actualidad psicoanalítica nos tiene habituados (posiblemente más de lo que quisiéramos) a transitar las páginas de un trabajo y no tener la menor idea de cuál es el interrogante al cual ese trabajo responde. No sólo muchas veces resulta difícil seguir más o menos el hilo entre las innumerables, y ya a esta altura inevitables, citas de Freud y Lacan, sino que, entre cita y cita, es muy fácil extraviarse en la repetición innecesaria de frases que llevan la pretensión implícita de valer por sí mismas como argumentaciones.

En esos extravíos, si algo echamos de menos, son los interrogantes que se propuso el autor y que suponemos deberían enhebrar cada frase del trabajo. No hay frase en un texto que tenga pertinencia sin articulación con sus interrogantes, ni hay elaboración necesaria que no atienda a las preguntas iniciales. La cita, incluso, tiene un valor conceptual sólo en la medida en que pueda ser articulada con el conjunto de la argumentación. Sin esa articulación, un texto deja de ser necesario o, al menos, ya no sabemos para qué continuar con su lectura.

Cabe recordar que no siempre fue así. No siempre el principio de autoridad fue el principio de los principios y no siempre las citas se confundieron con los trabajos. Textos inmensos como *Introducción al narcisismo*² o *El malestar en la cultura*³ no deben su vigencia sólo

¹ Sigmund Freud: *Escritos sobre la cocaína*, editorial Anagrama, Barcelona, 1980.

² Sigmund Freud: "Introducción del narcisismo", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen XIV, pág. 65.

³ Sigmund Freud: "El malestar en la cultura", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen XXI, pág. 57.

al autor de sus páginas, sino a que fueron elaborados con otro modo de interrogar, distinto del que la actualidad psicoanalítica nos tiene acostumbrados.

En el presente trabajo, pretendemos plantear un interrogante en términos psicoanalíticos; intentaremos establecer las condiciones de su elaboración y pondremos empeño en responder, en la medida de nuestras posibilidades, a la cuestión planteada.

Ese lugar, por decir así, marginal del tóxico en el psicoanálisis, no nos impide desprender de él algunas de sus consecuencias. Nada nos impide, tampoco, encontrar en el tóxico una buena excusa para interrogar a la clínica psicoanalítica. En este sentido, el recorrido de este trabajo por el tóxico y las toxicomanías obedece menos a los anaqueles nosográficos que al esmero por ahondar en los fundamentos del psicoanálisis. Por esta razón, es ineludible dilucidar el lugar del tóxico en la obra de Freud en su argumentación de las neurosis de transferencia.

Del mismo modo, rechazaremos la tentación de hacer, en función de la tendencia especializadora de la época, una "clínica de las toxicomanías". Este trabajo se valdrá, entonces, del tóxico como una excusa para tensar algunos hilos de la argumentación psicoanalítica.

Así las cosas, lector, propongo una frase que espero moleste un poco a sus oídos, como si fuera el estribillo de algún tema musical que no es de nuestro agrado pero no podemos dejar de tararear. La frase es ésta: *El tóxico es una referencia fundamental en la argumentación de las nociones freudianas.* Veremos a dónde nos lleva.

I. Planteo del problema

La clínica en cuanto apunta a lo singular no admite ser calificada, no se deja adjetivar. La idea de una clínica de las toxicomanías desata en nuestro tiempo una serie de objeciones insondables. En términos estrictos la clínica psicoanalítica, al ocuparse de lo singular, es clínica a secas.

Sin embargo, una vez que un significativo es ofrecido, y tal el caso de las toxicomanías, no es posible no advertir ciertas recurrencias, en la medida de una apuesta sostenida en el tiempo. Que la clínica sea del caso por caso, no nos impide encontrar los gestos que, caso por caso, insisten. No nos estamos apartando en lo más mínimo de la forma en que Freud pensaba el psicoanálisis. ¿O acaso la generalización evidente que encierra "*los que delinquen por conciencia de culpa*",⁴ o "*los que fracasan al triunfar*",⁵ nos obtura leer lo singular? En todo caso, la petición de principio según la cual cada caso es único e irrepetible puede ser sostenida, a condición de no caer en la necedad que supone la imposibilidad de establecer recurrencias. Quizá lo universal, lo particular y lo singular, desde la *Fenomenología del Espíritu* en adelante, nos exija a los analistas un esfuerzo más generoso que el de limitar nuestras entendederas a la perezosa literalidad del caso-por-caso.

*"Por eso renunciamos de antemano a pretender validez universal para nuestras conclusiones y nos consolamos con esta reflexión: dados nuestros medios presentes de investigación, difícilmente podríamos hallar algo que no fuera típico, si no para una clase íntegra de afecciones, al menos para un grupo más pequeño de ellas."*⁷

Lo que sigue es un intento de establecer las coordenadas del encuentro del psicoanálisis y las toxicomanías.

El álgebra de la necesidad es la forma de circunscribir el primer punto en la consideración del tema. La frase pertenece al imperdible libro de W. Burroughs⁸ y se encuentra claramente en el trabajo de un psicoanalista con pacientes toxicómanos. Si dicho trabajo en un análisis se despliega por la palabra, pareciera que el *álgebra de la necesidad* es incompatible con las asociaciones.

Hace unos años, un paciente consulta porque quiere tranquilizar a su padre enfermo de un cáncer terminal, mostrándole que puede dejar de fumar marihuana antes de que muera. A los pocos minutos de la entrevista, vierte una serie de asociaciones respecto de los nervios que la marihuana calmaría, la enfermedad de su padre y su carrera universitaria interrumpida. Le propongo que venga la semana próxima para seguir hablando de estas cuestiones y me dice: "sí, claro, pero, ¿con la marihuana qué hago?"

Si las asociaciones de la carrera, sus nervios y su padre se despliegan por la palabra, pareciera ser que la marihuana, en su versión de necesidad, no se deja atrapar. La pregunta "con la marihuana qué hago" no sólo propone que el tóxico ocupe nuevamente un lugar central, sino que insiste sobre aquello que rodea por fuera el deslizamiento de las asociaciones. Algo así como si el paciente pudiera decir: bien, todo muy lindo esto de las palabras, pero, ¿qué tiene que ver con la marihuana y qué hago con ella ahora que salgo de su consultorio?

⁴ Sigmund Freud: "Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen XIV, pág. 338.

⁵ *Ibid.*, pág. 338.

⁶ G. W. F. Hegel: *La fenomenología del espíritu*, Fondo de Cultura Económica, México, 1966.

⁷ Sigmund Freud: "Duelo y melancolía", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen XIV, pág. 241.

⁸ William Burroughs: *El almuerzo desnudo*, Editorial Anagrama, Barcelona 1989.

Muchos autores interesados en la cuestión de las toxicomanías describieron esta primacía de la sustancia y los riesgos que para el tratamiento psicoanalítico implica. Lo que pareciera no haber sido si no advertido, al menos no acentuado con claridad, es que si en los dichos de los pacientes esto insiste de tal forma es porque la vía de las palabras no se muestra del todo eficaz con la sustancia. Esa es la razón de que una y otra vez, sobre todo en el principio de los tratamientos, los pacientes insistan en ubicar al analista en el lugar de alguien que medie respecto del consumo. "Con la marihuana qué hago?" es, más que una invitación, un llamado a que alguien ocupe ese lugar de mediación con algo que se supone inmediato. Alguien que aporte finitud a algo que se supone infinito.

Veremos más adelante, cómo no siempre es conveniente hacerse a un lado de esta convocatoria. En muchos casos, contrariamente a lo que la neutralidad analítica supone, se revela que si el analista no ocupa, por lo menos temporariamente, ese lugar al que se lo llama, el tratamiento no puede siquiera comenzar. Del mismo modo, la pasión con que muchos pacientes insisten en autodefinirse como "adictos" es otra versión de la primacía de la sustancia. Veremos más adelante que, aquellos analistas que se apuran en cuestionar esta forma de nominación desatienden que -muy posiblemente a falta de otros un poco más propiciatorios- ese sea el único rasgo que podría representarlos.

El tratamiento de pacientes toxicómanos sugiere esta vez, del lado del analista, una versión del *álgebra de la necesidad* que Silvie Lepoulichet definió como *prisa por concluir*.⁹ El analista que acepta la apuesta de estos tratamientos acepta muchas veces la urgencia en sus diferentes presentaciones: médica, legal, institucional, social. El analista en el tratamiento de las toxicomanías está urgido no sólo por el estado actual del paciente mismo. En muchas ocasiones es un juzgado el agente de la urgencia, en muchas otras, la familia del paciente o una institución como la escuela pueden muy bien ocupar ese lugar. Es decir, no sólo el *álgebra de la necesidad* se presenta por la cercanía con intentos de suicidio, actuaciones que revisten peligrosidad o cuestiones orgánicas de importancia, sino que también factores, por así decir, externos, pueden impregnar de urgencia al tratamiento. Respecto de todo esto también es necesario tomar decisiones para las cuales la neutralidad analítica poco nos prepara, si es que, a veces, no obtura las condiciones de un tratamiento.

Si bien es posible que la familia de Ana O., aquella primera paciente de Freud, estuviera preocupada por su estado general, no nos imaginamos a un juez pidiendo por escrito la evolución de la paciente, ni a una escuela conminándola a realizar el tratamiento so pena de ser expulsada. Ni siquiera, suponiendo que esa preocupación fuera aún más importante, nos imaginamos a un familiar de Ana insistiendo para ser atendido, pidiendo a gritos una internación para la paciente. Sencillamente se trata de un escenario inimaginable. Es evidente que, aunque existan histéricas que consuman drogas, las toxicomanías nos esperan en un lugar muy distinto que la histeria.

Sin embargo, quien decide aceptar la apuesta de tratamientos con toxicómanos debe estar advertido de que el *álgebra de la necesidad* puede presentársele de diversas formas. La *prisa por concluir*, esta vez del lado del analista, es una versión de la frase de Bleger según la cual toda institución adquiere las características del objeto que trata.¹⁰

Podríamos pensar en extender el sentido de reversibilidad propuesto por Lepoulichet a esta circularidad de la urgencia. Como si del lado del paciente (si es que es válida esta diferenciación) la urgencia tuviera su correlato en la *prisa por concluir*, del lado del analista. La sustancia, de un lado o del otro, urge, apura, exige resolución. De esta forma, la *prisa por concluir*, ¿no es acaso la misma de la pregunta "¿con la marihuana qué hago?"? El *álgebra de la necesidad*, esa fórmula básica de virus maligno, reparte urgencias (si es que no es la misma) de uno y otro lado.

⁹ Silvie Lepoulichet: *Toxicomanías y psicoanálisis*, Amorrortu Editores, pág. 51.

¹⁰ Mario Bleger: *Psicohigiene y psicología institucional*, Editorial Paidós, Buenos Aires 1966.

Esta prisa tan particular en la que se ve envuelto quien decide aceptar estas propuestas de tratamiento consiste en una evidente muestra gratis del infierno que estos pacientes viven a diario. Como si muy puntualmente nos fuera asequible un fragmento de esa urgencia en términos contratransferenciales.

El tercer punto a considerar es la *sobredosis de tiempo*.¹¹ Si bien es cierto que cada caso sólo puede ser pensado en la singularidad del caso por caso, no advertir ciertas recurrencias se acercaría más a la necedad que a la claridad conceptual. Muchos pacientes refieren serias dificultades para identificar algún rasgo que pueda representarlos en la vida y, en el caso de haberlo identificado, refieren dificultades aún más serias para sostenerlo en el tiempo. Estudios o trabajos interrumpidos sin saber bien porqué, deportes que fueron abandonados sin poder establecer claramente las razones, relaciones de pareja o amistades que se envanecen en algún hueco del pasado. En ocasiones, más que abulia, se trata de la imposibilidad de encontrar una diferencia en una continuidad uniforme. Más que el disfrute de los contrastes, pareciera tratarse de una falta de propuesta que haga diferencia.

Un trámite burocrático, como sacar el registro de conducir o el documento de identidad, son procesos tan complejos como impensables, de tal manera que imaginar un futuro posible es un trabajo del pensamiento que sólo en pocas ocasiones se produce. Es como si, pese al tiempo transcurrido, nunca hubiera habido momentos concretos en los cuales estos procesos hubieran podido tener lugar. "*Aspecto de llevar la carne de prestado*",¹² escribe Burroughs con genialidad, como si no hubiera un interés genuino por un destino propio, por apropiarse de esa carne y hacer algo con ella.

Si existe algo capaz de evitar que la carne se lleve de prestado, es la fantasía. Este es el término que encontró Freud para amalgamar el sujeto al objeto. La fantasía es un paso previo en el tiempo de la pulsión, antes de que ésta enlace al objeto. Ya veremos como Freud apela a este modelo para explicar desde la vida erótica de los sexos hasta la enfermedad en sus distintas versiones. Incluso la sublimación y la idealización pueden ser pensadas en términos de este recorrido pulsional. En muchos pacientes toxicómanos resulta difícil aislar una amalgama que pudiera cumplir la función de preparar el enlace con el objeto. De tal manera, no encontramos una matriz simbólico imaginaria desde la cual un destino particular (y no cualquiera!) resulte accesible.

Una mujer se pierde en el conjunto anónimo de las mujeres, un empleo particular se confunde en el conjunto de los empleos existentes. Muchas veces no es posible aislar un rasgo que permita instalar la diferencia a partir de la cual empezar a escribir. Ante la falta de fuerza de una propuesta tal, está la abundancia de la ecuación de la droga.

Es por eso que la verdadera sobredosis es la *sobredosis de tiempo*. En un mundo sin recortes, donde no se sabe qué hacer con la carne, donde un objeto da lo mismo que cualquier otro, donde si se trabaja, da lo mismo trabajar de cualquier cosa, lejos de la sublimación, lo que verdaderamente abunda es el tiempo.

La *dimensión tóxica de la palabra* es la forma de decir la relación de un sujeto con una palabra que no promete, por lo menos de antemano, ser la destinataria de un saber que podría resultar de ella. Una palabra que no permite la suposición de saber no permite la espera. El sujeto no logra ausentarse en lo que dice y poco puede esperar de una palabra tal. Esto explica que muchos pacientes esperan una palabra del analista bajo la forma de una receta o un consejo que actúe directamente sobre el uso del tóxico. De esta forma el tiempo de espera es una de las dimensiones aplastadas por el recurso tóxico. Es por esto que el tóxico se da de patadas con el dispositivo analítico. Mientras el análisis apuesta a la espera de una palabra por venir, el tóxico tiende a anular la mediación de las palabras tanto en la intoxicación como en la abstinencia. Si bien sabemos que hay un fracaso en nombrar

¹¹ William Burroughs: *Op. cit.*, pág. 7.

¹² *Ibid.*, pág. 7.

lo real y, como tal, no todo puede ser dicho, es evidente que la relación con las palabras es diferente en muchos pacientes toxicómanos.

Una histérica de las de Freud no podría pensar ni por un segundo que el analista podría olvidar alguna de las palabras de su relato. Se supone tan encantadora, y tan fascinante en su relato, que “¿cómo el analista podría no reparar en ellas? Los pacientes toxicómanos sencillamente se sorprenden de que alguien preste atención a las palabras. Para muchos de ellos, apenas basta con haber venido a la consulta: ¿además habría que hablar? Evidentemente el psicoanálisis no hubiera visto la luz de la mano de las toxicomanías.

Las cuestiones de encuadre, en este sentido, también tienen su particularidad. El uso del tóxico va a contrapelo del despliegue de la palabra y, más frecuentemente de lo esperable, el acuerdo básico de una hora en determinado día de la semana se hace muy difícil de sostener para muchos pacientes. Poco a poco uno se familiariza con el hecho de que muchos pacientes se levanten de su silla y caminen por el consultorio para explicar algo que evidentemente no pueden hacer sentados.

Así las cosas, ¿disponemos de alguna cuestión diferencial como para plantear algo específico respecto del lugar del analista en el tratamiento de las toxicomanías? ¿Existe alguna particularidad en el recorrido pulsional de un toxicómano que implique que el analista deba estar advertido de algo? La elaboración del tiempo, ¿sugiere alguna diferencia en los pacientes toxicómanos? ¿Qué lugar tiene el *álgebra de la necesidad* en la transferencia? ¿Qué diferencia a la señorita de las *Neuropsicosis de defensa*¹³, urgida por ver a su novio luego de ser abandonada, de la urgencia de un toxicómano y su sustancia? El saber supuesto, ¿tiene alguna particularidad cuando de la sustancia se trata? ¿Pueden establecerse con claridad los lugares a los cuales un analista puede ser convocado a partir de la primacía de la sustancia? ¿Es posible determinar las versiones privilegiadas de la función del tóxico? ¿Encontramos en la obra de Freud una verdadera teoría del tóxico?

Tenemos nuestro interrogante entonces: *¿Qué pasa con el analista en el tratamiento de las toxicomanías?*

¹³ Sigmund Freud: "Neuropsicosis de defensa", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen III, pág. 41.

II. Condiciones de la argumentación

El trabajo al que estas preguntas nos invitan implica el recorrido por los fundamentos del psicoanálisis y la particularización de estos en los pacientes toxicómanos. No hay otra forma de establecer las condiciones de posibilidad y los límites de validez de las nociones psicoanalíticas aplicados a las toxicomanías que a través de ese recorrido. Comenzaremos con la pulsión.

Asimismo, como condición previa a toda reflexión sobre el tema, será necesario precisar a qué nivel del aparato psíquico opera el tóxico. Intentaremos un diálogo con el texto de Freud para considerar qué función cumple el tóxico, por más remanida, vieja y anticuada que nos parezca esa pregunta. Veremos que no es posible responderla unívocamente y tendrá un lugar central en la consideración del tema.

Función de contraste

Freud nunca se ocupó en establecer una teoría sobre las toxicomanías.¹⁴ Sin embargo, existen unas cuantas referencias al tóxico a lo largo de su obra. La pregunta de porqué nunca abordó más que circunstancialmente el tema no deja de tener validez. Posiblemente la cuestión de las toxicomanías no haya tenido en su época la relevancia de la que dispone en la actualidad, pero tampoco podría decirse que Freud sólo se ocupó de cuestiones relevantes de su época. Tampoco podría sostenerse que no haya sido un tema de su interés luego de leer sus trabajos sobre la coca y sobre las neurosis actuales. Así de intrigados nos deja Freud al respecto.

Una primera cuestión que debería llamar nuestra atención es el lugar en el cual Freud apela a las toxicomanías o al alcoholismo en el despliegue de sus razonamientos. El valor argumental del tóxico, por decir así. Veremos que siempre que se ocupa del tema, el tóxico aparece como un recurso heurístico en el recorrido nocional: algo así como un contraejemplo de lo que él pretende definir. En adelante me referiré a este ejercicio argumental como *función de contraste*.

Veámoslo más de cerca. El primer lugar donde Freud lleva adelante este ejercicio es en la primera nosografía, en la diferenciación de las psiconeurosis de defensa y las neurosis actuales. En estas últimas se trata de "*venenos del espíritu*" que actúan directamente, es decir sin mediación representacional.

"Las neurosis que admiten ser reconducidas a perturbaciones de la vida sexual muestran la máxima semejanza clínica con los fenómenos de la intoxicación y la abstinencia a raíz del consumo habitual de sustancias tóxicas productoras de placer (alcaloides)".¹⁵

En principio, el tóxico queda definido por la inapropiada descarga de "*la sustancia estimuladora sexual*". Freud, en el distingo que realiza entre neurosis actuales y psiconeurosis, sostiene que en las primeras los síntomas se reconducen a una génesis tóxica en la medida que se trata de un influjo directo de los "*venenos del espíritu*" sobre el aparato psíquico. En estos síntomas no sería posible establecer una reconducción histórica como en las

¹⁴ Contexto en Psicoanálisis VI, *El lugar del tóxico en la obra de Freud*, en colaboración con Claudia De Casas, Editorial La Campana, La Plata, 2003.

¹⁵ Sigmund Freud: "Tres Ensayos de Teoría Sexual", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen VII, pág. 197.

psiconeurosis porque “no dependen de la acción eficaz de unos complejos de representaciones inconscientes”.¹⁶ De tal manera, “actual” en este contexto se opone a psicógeno o histórico.

“La concepción aquí desarrollada presenta los síntomas de las neurosis de angustia, en alguna medida, como subrogados de la acción omitida que sigue a la excitación sexual”.¹⁷

La neurosis de angustia es explicada por Freud en los términos de una “acumulación de excitación... que no admite ninguna derivación psíquica”.¹⁸ La energía que tiene una descarga inapropiada obtiene un empleo anormal “*exteriorizándose como angustia*”. El coito interrumpido o reservado, la abstinencia, la excitación frustránea serán las condiciones etiológicas predominantes con una inequívoca relación a lo sexual: en especial, aquello que Freud denomina tasa de satisfacción directa de la pulsión.

“Según eso, uno creería que la migraña es un efecto tóxico producido por la sustancia estimuladora sexual cuando ésta no encuentra una descarga suficiente”.¹⁹

En este contexto, “*la descarga suficiente*” plantea en principio una oposición con aquellos síntomas que implican la operación de mecanismos psíquicos que dan cuenta de un ciframiento. Cuando Freud se refiere al tóxico será en los términos de algo inmediato, directo y opuesto a la dinámica de los procesos psíquicos que implican tramitación, entendiendo por ésta la posibilidad de ligaduras de representaciones y, por lo tanto, una referencia al orden simbólico. El concepto mismo de descarga se ofrece a un contrapunto con la tramitación simbólica, puesto que alude a coordenadas casi físicas independientes de la mediación del aparato anímico. A su vez, la noción de conflicto, tan central a la hora de las definiciones en las neurosis de transferencia, desaparece en las neurosis actuales. En estas últimas el conflicto psíquico no desempeña ningún papel.

“Su comportamiento es en un todo parecido al que sobreviene a raíz del aflujo hipertrofico o la privación de ciertos venenos nerviosos”.²⁰

La naturaleza del efecto tóxico queda definida, en este contexto, en un más o menos y, al mismo tiempo, por fuera de la tramitación psíquica. En este mismo trabajo me referiré a estas neurosis con el calificativo de tóxicas, para acercar aún más el tóxico a lo directo e inmediato. Freud tempranamente encuentra que los síntomas de las neurosis tóxicas no pueden ser descompuestos simbólicamente y, por lo tanto, el psicoanálisis es ineficaz frente a ellos. El tóxico le permite establecer un punto para diferenciar aquello que cada vez más será el objeto de su interés, es decir, las psiconeurosis de defensa, aquellas en las cuales operan los mecanismos psíquicos.

Descarga o tramitación, actual o psicógeno, directo o mediación, ¿no parecieran ser los pares opositivos desplegados desde tóxico o psíquico? No se constituye en este movimiento el recurso al tóxico como una forma de definir el campo del psicoanálisis en sus fundamentos? ¿No se nos aparecen los procesos psíquicos como segregados desde los procesos tóxicos? ¿El tóxico no se constituiría más que en el límite de lo psíquico y, más aún, en el límite del psicoanálisis?

¹⁶ Sigmund Freud: "La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen IX, pág. 167.

¹⁷ Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 111.

¹⁸ Sigmund Freud: "Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de neurosis de angustia", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1981, Volumen III, pág. 109.

¹⁹ Sigmund Freud: "Manuscrito I", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen I, pág. 254.

²⁰ Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 167.

El segundo lugar donde se evidencia esta *función de contraste* es en la vida amorosa de los sexos. Aquí Freud introduce nuevamente un término que nos interesa. Cuando considera las vicisitudes de la elección de objeto y la satisfacción que los seres humanos pueden alcanzar en ella, Freud interroga la relación del bebedor con la bebida:

*“No es verdad que le ofrece una pareja satisfacción tóxica que la poesía ha comparado harto a menudo con la erótica y que también para la concepción científica es comparable a ésta? ...Prestemos oídos a las manifestaciones de nuestros grandes alcohólicos, Böcklin por ejemplo, acerca de su relación con el vino: suenan a la más pura armonía, el arquetipo de un matrimonio dichoso”.*²¹

El valor de esta cita se no se encuentra en el alcoholismo porque, nuevamente, Freud descuida el tema. Evidentemente, el alcoholismo no era de su interés más que en la medida que le permitía avanzar en su razonamiento. La armonía que Freud encuentra en la cita se ofrece para delimitar el alcance de la satisfacción posible y no plena dentro del marco de la elección de objeto, y no como un interés genuino de su parte.

Es indudable que aquí, como en algunas pasajes de su obra, Freud no distingue claramente el objeto de amor del objeto pulsional, algo que quedará resuelto a partir de *Introducción del narcisismo*.²² Sin embargo, resulta bastante claro que el ensayo se esmera en dejar indicado el borde de satisfacción que la elección de objeto implica. Más allá de la ambigüedad resultante de suponer "amor a la bebida" casi acercando sus términos al de un partenaire, es el efecto de completud, la experiencia de satisfacción, que el alcohólico de esa frase pareciera conseguir.

Nuevamente, si la argumentación freudiana se encamina hacia la vida amorosa de los sexos, el tóxico le permite pensar un recorrido pulsional en su mínima expresión: del bebedor a la botella y de la botella al bebedor. Nadie dudaría que la elección de objeto implica más mediaciones, sutilezas y riesgos. No sólo las botellas no hablan sino que tampoco andan deseando gran cosa.

Quizás hubiera sido interesante tener una charla más larga con Böcklin, preguntarle por esa armonía y qué podría decirnos de lo dichoso de su matrimonio. Pero esto no es lo que cuenta en el camino elegido por Freud. Lejos de interesarse por una clínica del alcoholismo, lo vemos abandonar el tema luego de haber extraído lo necesario: si la elección de objeto se encuentra en las mediaciones, el alcohólico es nuestro mejor ejemplo de inmediatez. Mínimo trabajo pulsional, que basta con tener un almacén cerca. A nadie se le escapa que el tóxico desde este costado es una de las versiones de la pereza.

Freud por tercera vez, apela a esta *función de contraste* en *El malestar en la cultura*. Previamente intenta delimitar el concepto de felicidad que los seres humanos podemos alcanzar en los términos del principio del placer. Recordemos algunas de sus definiciones:

"Es simplemente como bien se nota, el programa del principio del placer el que fija su fin a la vida. Este principio gobierna la operación del aparato desde el comienzo mismo; sobre su carácter acorde a fines no caben dudas, no obstante lo cual, su programa entra en querella con el mundo entero, con el macrocosmos, como el microcosmos. Es absolutamente irrealizable, las disposiciones del Todo- sin excepción- lo contrarían. Se diría que el propósito de que el hombre sea dichoso no está contenido en el plan de la Creación. Lo que en sentido estricto se llama felicidad corresponde a la satisfacción más bien repentina de necesidades

²¹ Sigmund Freud: "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1981, Volumen XI, pág. 182.

²² Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 1.

*retenidas, con alto grado de estasis, y por su naturaleza sólo es posible como un fenómeno episódico. Si una situación anhelada por el principio del placer perdura, en ningún caso se obtiene más que un sentimiento de ligero bienestar; estamos organizados de tal modo que solo podemos gozar con intensidad del contraste y, muy poco del estado".*²³

Una página más adelante, introduce aquella (a esta altura del partido) célebre frase respecto de los recursos para influir sobre el organismo:

*"El método más tosco, pero también el más eficaz, para obtener ese influjo es el químico: la intoxicación. No creo que nadie haya penetrado su mecanismo, pero el hecho es que existen sustancias extrañas al cuerpo cuya presencia en la sangre y los tejidos nos procura sensaciones directamente placenteras..."*²⁴

Si tiene alguna pertinencia la referencia al tóxico en este lugar, no es porque Freud vaya a ocuparse del tema en profundidad, de hecho no nos dice más que eso. El verdadero valor del tóxico es como contrapunto del funcionamiento "normal" del aparato psíquico. Una vez definido el principio de placer en la alternancia de estados, y no en lo constante,²⁵ la intoxicación es la contraprueba de ese aparato que sólo "*puede gozar con intensidad de los contrastes*".

Es necesario acentuar el uso, en este contexto, de la definición *directamente placenteras* porque, también de esta forma, Freud nos ofrece un contraste del funcionamiento del aparato anímico. "*Directo*", es decir, inmediato, se encuentra en una franca oposición a indirecto y mediado, que es la caracterización misma de la lógica de las representaciones. Directo vale por no mediado por las representaciones y, por lo tanto, por fuera de todos los mecanismos asociados a ellas. Como veremos más adelante, si algo es directo no sólo escapa a la elaboración de los mecanismos psíquicos, sino que se constituye como un límite al psicoanálisis. De hecho, Freud se encarga claramente de establecer que el psicoanálisis sólo tiene validez y, por lo tanto aplicación, con aquellos síntomas que admiten una reconducción histórica. Es decir, fueron elaborados en palabras, en el contexto de la cita, "*indirectos*". En aquellas formaciones directas, el psicoanálisis no tendría aplicación.

En lo que sigue del *Malestar*, encontraremos a Freud definiendo a la cultura cada vez más ceñidamente como el objeto de su interés. Sin embargo, fue necesario situar inicialmente el tóxico como el punto cero de la argumentación. Como si el tóxico le permitiera pensar un recorrido pulsional en su mínima expresión y, desde allí, el intento de definir a la cultura consistiera en separarse, cada vez más, de ese mínimo recorrido. Como si el individuo, para ser alojado en la cultura, estuviera conminado a cierto estiramiento del trayecto pulsional.

Esta *función de contraste* se evidencia, nuevamente, en la argumentación del dolor. Este último parece no avenirse a las coordenadas que caracterizan al aparato psíquico.

*"¿Existe algún fenómeno que se pueda coordinar con el fracaso de estos dispositivos? Creo que es el dolor".*²⁶

²³ Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 76.

²⁴ *Ibid.*, pág. 77.

²⁵ "Goethe hasta llega a advertirnos que -nada es más difícil de soportar que una sucesión de días hermosos", *Ibid.*, pág. 76.

²⁶ Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 351.

Una vez planteado el principio del placer, el dolor consiste en la irrupción de grandes cantidades de Q y la imposibilidad de una tramitación adecuada por la defensa. De esta manera, evoca la serie de analogías de "perforación" en *Inhibición, síntoma y angustia*,²⁷ o la "hemorragia interna" y la "herida abierta" del *Manuscrito G*.²⁸ Freud alude en estas figuras al acrecentamiento cuantitativo y continuo ante el fracaso del dispositivo psíquico para procesarlas. El carácter continuo evidencia el contraste con la discontinuidad planteada por el principio del placer. Recordemos que siempre lo continuo se presenta en lo psíquico con cierto tono de gravedad. Cuando no es posible introducir un proceso en la temporalidad, en aquella organización de los contrastes, se vuelve inquietante. La alternancia presencia ausencia, en la medida que constituye la marca de lo simbólico, implica que algo de ese proceso ha podido ser ligado y, por lo tanto, el aparato psíquico puede vérselas en mejores condiciones. El rasgo de lo constante debería advertirnos de las dificultades del psiquismo para establecer una ligadura más o menos propicia. El dolor y los procesos de angustia automática (para ponerlo en términos de Freud) parecen escaparse de estas coordenadas de lo psíquico y de lo simbólico.

Esta es la forma en la cual puede ser entendida aquella frase de que "*el dolor es la genuina reacción frente a la pérdida del objeto*".²⁹ La desaparición del objeto implica necesariamente un acrecentamiento cuantitativo en virtud de que la energía ligada al objeto exige satisfacción. La pérdida del objeto deja sin elaboración a una importante cantidad de energía, que ahora se presenta como dolor. Freud acerca el dolor a una *pseudo pulsión* en la medida en que se presenta como una exigencia de trabajo, pero tan particularmente intensa que no admite ser reprimida.

*"Puede ocurrir que un estímulo exterior sea interiorizado, por ejemplo, si ataca o destruye a un órgano; entonces se engendra una nueva fuente de excitación continuada y de incremento de tensión. Tal estímulo cobra, así, notable semejanza con una pulsión. Según sabemos, sentimos este caso como dolor. Ahora bien, la meta de esta pseudo pulsión es sólo el cese de la alteración de órgano y el displacer que conlleva. Otro placer, un placer directo, no puede ganarse con la cesación del dolor. El dolor es también imperativo; puede ser vencido exclusivamente por la acción de una droga o la influencia de una distracción psíquica".*³⁰

¿En qué medida, el dolor se acerca a la pulsión? Es evidente que uno y otro término ponen en primer plano la cuestión económica. En ambos casos, plantean el encuentro de la organización del yo con algo mucho más poderoso. Tanto el dolor como la pulsión exigen un trabajo psíquico importante. Sin embargo, no alcanzan a superponerse y esta es la razón de que Freud haya caracterizado al dolor como pseudo-pulsión. Efectivamente es pseudo, es decir, se diferencian en el punto de que, con el dolor, nadie puede hacer gran cosa; no se presta a la elaboración, a diferencia de la pulsión, que puede ser. Si estos dos términos se identificaran, todas las mañanas podríamos golpearlos severamente antes de comenzar las tareas diarias, y esto debería funcionar como un energizante. Nadie dudaría que el estado de cosas es exactamente el contrario. Si algo nos duele, disponemos de menos energía, tanto para amar, como para trabajar. Freud entiende que importantes montos libidinales quedan retenidos en función del órgano doliente y, en la misma medida, se empobrece la ligazón con los objetos.

²⁷ Sigmund Freud: "Inhibición, Síntoma y angustia", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, XX, pág. 158.

²⁸ Sigmund Freud: "Manuscrito G", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Tomo I, pág. 239.

²⁹ Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 158.

³⁰ Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 141.

Ahora bien, si los mecanismos psíquicos se muestran ineficaces frente al dolor, se vuelve inteligible y objetivable el mecanismo de una cancelación tóxica.³¹ Lo imperativo de la pulsión se ofrece (con ciertos límites) a la elaboración psíquica; lo imperativo del dolor no acepta otra cosa que la eficacia del tóxico. En estos términos, vemos aparecer nuevamente aquella *función de contraste* en la argumentación freudiana. El dolor circunscribe, de este modo, el lugar del tóxico.

Desde este ángulo, el tóxico aparece como lo otro del psicoanálisis. El punto desde el cual es posible segregar lo psíquico con su legalidad propia. Es muy interesante que esta *función de contraste* se despliega en el comienzo mismo de estos textos inmensos. Algo así como un punto de partida desde el cual empezar a contar. Aún más, este ejercicio argumental es efectuado por Freud en los márgenes mismos del psicoanálisis.

El caso Schreber³² le sirve a Freud para mostrar la validez de sus argumentos en aquellas patologías en las que no podría actuar la sugestión. Si las neurosis de transferencia no podían aportar esa fuerza a la argumentación era, sencillamente, porque son sensibles a la influencia del otro. De tal manera, si Freud puede probar que en aquellas patologías no sugestionables se encuentran los mismos mecanismos psíquicos que en las neurosis de transferencia, la teoría psicoanalítica gana firmeza y claridad conceptual. Las referencias de Freud a las toxicomanías parecieran ocupar un lugar similar en la medida en que, siempre que las introduce, están al servicio de un argumento que sirve en las neurosis de transferencia.

Si tenemos en cuenta el lugar en el cual Freud introduce las referencias a las toxicomanías o al alcoholismo, podríamos pensar que éstas se rebelan como una de las contrapruebas del recorrido de la pulsión en las neurosis de transferencia. Veremos más adelante que el término "*directo*", del cual Freud hace uso sistemáticamente, bien podría ser la clave de todo esto. A su vez, el tóxico se presenta en estos textos como lo otro de la cultura. Las exigencias culturales implican dejar de lado la satisfacción directa y suponen la condena cultural de habitar en las mediaciones.

El empleo de esta *función de contraste*, la definición de los términos *directo* e *inmediato* y la calificación de *tóxicas* a las neurosis actuales, bastan para afirmar que, aunque no explícita, Freud disponía de una teoría del tóxico. Que el maestro no se haya ocupado de un caso de toxicomanía o alcoholismo, y lo haya publicado, aunque sólo sea por razones heurísticas, es algo que por ahora escapa a nuestro entendimiento. Arriesgaremos, sobre el final, una hipótesis al respecto.

Pero surge una primera cuestión. Que Freud haya elaborado una teoría del tóxico no implica necesariamente que la misma se valide en la clínica de las toxicomanías. De aquí en más, nuestro debate consistirá en poner a prueba esta teoría freudiana del tóxico, de tal manera de poder precisar sus efectos en una clínica psicoanalítica de las toxicomanías.

Elaboración psíquica

Propongo, para la lectura que sigue, invertir los términos de Freud. Si él propone al alcoholismo y las toxicomanías como contrapunto de las neurosis de transferencia, tomémosnos cierta licencia para conservar a las neurosis de transferencia en el horizonte de nuestra argumentación respecto de las toxicomanías. Qué pasa en las toxicomanías si

³¹ Sigmund Freud: *Escritos sobre la cocaína*, editorial Anagrama, Barcelona, 1980, pág. 63.

³² Sigmund Freud: "Puntualizaciones sobre un caso de demencia paranoide. Schreber", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1981, Volumen XII, pág. 1.

tenemos a las neurosis de transferencia como el punto de báscula de nuestros razonamientos.

Para explicar cómo Freud piensa el enlace de un sujeto en la cultura, es necesario considerar cómo se lleva a cabo la elaboración psíquica.

Arbeiten es el verbo alemán que se traduce por trabajo. Freud utiliza varios verbos compuestos para referirse a la actividad psíquica, tales como *aufarbeiten*, *metarbeiten*, *umarbeiten*, *durcharbeiten* y *verarbeiten*. Si bien los dos últimos disponen de mayor peso teórico, nos ocuparemos de *verarbeiten* porque es aquel que es empleado por Freud privilegiadamente, si es que de cuestiones cuantitativas se trata, es decir, cuando se refiere a la pulsión.

Verarbeiten es traducido habitualmente, y a falta de una palabra más pertinente, por "elaborar". El prefijo *ver* designa las consecuencias de ir muy hacia adelante (ya prolongarse temporalmente o progresar geográficamente). Junto a *arbeiten* expresa las ideas de asimilar, absorber, procesar, transformar. Se utiliza, por ejemplo, para la transformación operada en una fábrica: procesar la materia prima. Modificar a través del trabajo. La connotación que nos interesa es la de "una transformación que extingue la forma anterior del material" y cuando aparece *verarbeitung* como sustantivo indica que se trata de un proceso y no de algo momentáneo. Por otra parte, al traducir *verarbeiten* por "elaborar" se pierden dos aspectos: la perspectiva de "digestión visceral" y la de "profunda transformación operada sobre el material".³³

Esta noción evidentemente implica que no sólo de representaciones se trata, sino que fundamentalmente está la energía puesta en juego. Se trata de un proceso de transformación o asimilación de la acumulación de estímulos que podrían molestar o amenazar al yo.

Freud utiliza este concepto oscilando entre los dos campos heterogéneos definidos como lo representacional y lo cuantitativo. Por un lado, las trasposiciones son en relación a las palabras (privilegiadamente en los sueños y los actos fallidos) y, por otro lado, lo aplica respecto del recorrido de la energía de la pulsión. Posiblemente este bascular de un sentido a otro se debe al espíritu mismo de la pulsión como concepto límite y como verdadera resolución de la heterogeneidad de esos dos campos. Evidentemente Freud pone los conceptos al servicio de la claridad clínica que necesita en sus argumentaciones, de uno u otro modo. La elaboración psíquica le sirve para dar cuenta de a dónde fue a parar cierta cantidad de excitación, sea a una inervación corporal, a una representación obsesiva o, incluso, a un destino sublimatorio, siempre bajo el imperio del principio del placer.

"La trasposición acontece más bien al servicio del principio de placer; la ligazón es un acto preparatorio que introduce y asegura el imperio del principio de placer".³⁴

Es indudable que la *verarbeiten* constituye un proceso de ligaduras y, de tal modo, encontramos en su funcionamiento las características de los procesos del *Eros*. No dudaríamos en afirmar que una elaboración psíquica más o menos adecuada nos deja en mejores condiciones para actividades sublimatorias. Si no es posible sustraerse de la satisfacción directa, es imposible avenirse a las coordenadas que la cultura propone para nosotros. En este sentido, la *verarbeiten* consiste en un trabajo sobre la excitación exigido por el Ideal y, desde ese momento se propone como recorrido pulsional.

El *Eros* retomado por Freud en su versión clásica de Platón³⁵ consiste en lograr uniones progresivas de mayor orden. Esto sólo es posible si las tensiones del aparato no

³³ Luz Alberto Hanns: *Diccionario de términos alemanes de Freud*, Lohlé-Lumen, México, 1996, pág. 219.

³⁴ Sigmund Freud: "Más allá del principio del placer", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen XVIII, pág. 3.

³⁵ Platón: *El Simposio*, Editorial Gredos, Madrid, 1989.

rebasan cierta medida. El hecho de que Freud no disfrute de las paradojas no impide que se las encuentre en su recorrido argumental. Es evidente que lo sexual, reconocido como erótico, es un verdadero obstáculo para que los hombres se junten en unidades mayores. El sexo implica cierta satisfacción directa que atenta contra la cultura. Asistiremos al despliegue de estos razonamientos en *El malestar en la cultura*.

"Por último y en tercer lugar -y esto parece ser lo más importante- no puede soslayarse la medida en que la cultura se edifica sobre la renuncia de lo pulsional, el alto grado en que se basa en la no satisfacción (mediante sofocación, represión ¿o qué otra cosa?) de poderosas pulsiones".³⁶

La *verarbeiten* es una noción de mucha claridad clínica porque, en la doctrina freudiana, propicia un dominio de la excitación coordinado a las exigencias culturales. La elaboración psíquica implica la profunda transformación de la energía en función del *Ideal*. Freud insiste en la obstinación de la pulsión, en la viscosidad de la libido a la hora de este proceso. Evidentemente, sólo es posible a costa de mucho displacer y nadie resigna (si es que se puede decir que acaso algo se resigne) la satisfacción y, mucho menos, de buena gana. La cultura se encuentra con serias dificultades en este proceso y, edificarse sobre la renuncia, nunca podría ser una tarea sencilla.

Por otra parte, es necesario contextualizar esa renuncia en función de la fijación pulsional. En *Pulsiones y destinos de pulsión*³⁷ Freud atiende a dos cuestiones respecto del lazo de la pulsión y su objeto. En primer lugar, el objeto es contingente, en la medida en que no se encuentra organizado por determinaciones biológicas. En segundo lugar, una vez que la pulsión se enlaza al objeto, se produce una fijación, "*Un lazo particularmente íntimo de la pulsión con su objeto se acusa como fijación de aquella*".³⁸ Es posible definir al objeto en términos cuantitativos como aquel que reduce la tensión. Si bien en un principio el objeto tiene contingencia y, por lo tanto, variedad, una vez que la tensión se redujo en el encuentro con un objeto, de ahora en adelante ya no puede ser contingente, ni variable. Más aún, no sólo no puede ser cualquiera, sino que de ahora en adelante tiene que ser el mismo. Para definir este lazo, Freud apela al término de "exclusividad", acentuando que, cuando de fijación se trata, es éste y no puede ser otro objeto. ¡No es de otra cosa de lo que nos hablan nuestros pacientes! Esta es la tensión primaria entre la pulsión y la cultura en términos freudianos. La cultura deberá prometer mucho para que esas fijaciones se elaboren más sutilmente.

Para entender la renuncia que la cultura exige, es necesario recordar la diferencia del objeto en términos de amor del objeto pulsional. Freud reserva el término amor para la relación del yo y los objetos, excluyendo de este modo a la pulsión. Recordemos que "*hallamos que el uso más adecuado de la palabra amar se aplica al vínculo del yo con su objeto sexual*" y que "*no puede decirse que la pulsión ame a su objeto*".³⁹

Si bien el amor encuentra sus fundamentos económicos en la pulsión (no olvidemos que el narcisismo y, por lo tanto, el yo, es una colocación libidinal), Freud separa el objeto amoroso constituido en términos de totalidad y narcisismo del objeto pulsional referido a la parte más que al todo.

Cercanía de la madre

³⁶ Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 96.

³⁷ Sigmund Freud: "Pulsiones y destinos de pulsión", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1991, Volumen XIV, pág. 115.

³⁸ *Ibid.*, pág. 118.

³⁹ *Ibid.*, pág. 132.

En los términos del complejo de Edipo y el complejo de castración, la fijación de la pulsión al objeto se da en el marco de la relación con los objetos parentales y, desde allí, la cultura se elabora en la medida de una serie de sustituciones posibles. Podríamos decir, una serie de elaboraciones psíquicas posibles.

"Las exigencias pulsionales, esforzadas a apartarse de una satisfacción directa, son constreñidas a internarse por nuevas vías que llevan a la satisfacción sustitutiva, y en el curso de estos rodeos pueden ser desexualizadas y aflojada su conexión con sus metas pulsionales originarias. Con ello anticipamos la tesis de que buena parte de nuestro tan estimado patrimonio cultural fue adquirido a expensas de la sexualidad, por limitación de unas fuerzas pulsionales sexuales".⁴⁰

Esta extensa cita propone circunscribir más claramente el sentido que tiene para Freud la "*satisfacción directa*" que hemos considerado antes. Si la cultura puede ser pensada en términos pulsionales, es necesario considerarla como la serie de mediaciones y sustituciones posibles luego de que la satisfacción directa con los primeros objetos haya sido interdicta. Las "*exigencias pulsionales*" son esforzadas hacia otros rodeos y, en ese recorrido, es donde puede tener lugar la cultura. La satisfacción directa con la madre queda en suspenso y, en la medida en que se pueda mediatizar esa satisfacción, el enlace con la cultura es cada vez más sofisticado. Freud se encarga de acentuar que hasta las sutilezas más finas son elaboraciones de algo inicial, inmediato y directo. No retrocede ante lo escandaloso de sus ideas, que hasta la ética y lo religioso -las conquistas más sublimes de la humanidad- deben su origen a exigencias pulsionales de esta índole.

La *verarbeitung*, en estos términos, implica el alejamiento del recorrido pulsional hacia "*metas más elevadas*". Freud propone muy tempranamente que este proceso se realiza en función de ciertos ordenadores que también pueden ser pensados en términos pulsionales. El asco, la vergüenza y la moral,⁴¹ en ese orden (podríamos sugerir oral, escópico y fálico) implican para Freud las formas privilegiadas bajo las cuales la pulsión sexual debe "*aflojar*" su nexa con las metas y los objetos originarios. El complejo de Edipo ocupará un lugar central en la teoría en la medida en que le permitirá ceñir más acabadamente, y bajo la forma de un operador lógico, el punto sobre el cual es posible ordenar el campo pulsional.

Este punto virtual que opera extendiendo el recorrido de la pulsión es precisado por Freud como *Ideal del yo*. En este sentido, lo directo (incestuoso) es resignado por la presión del ideal. "*Así como el padre te es lícito ser*",⁴² señala una forma en la cual el polimorfismo inicial de la pulsión puede ser orientado, propiciando que el encuentro con el otro pueda ser más sutil, sofisticado y, sobre todo, indirecto. Pero es necesario recordar que para Freud, todo esto no es posible sin una tasa de satisfacción directa.

Una madre puede propiciar este rodeo de sustituciones, es decir, puede propiciar una satisfacción indirecta con su hijo. Pero también puede rechazar la mediación. Puede dejarse sustituir, pero también puede negarse a ser sustituida. Si un niño tiene a su disposición la posibilidad de trasponer exigencias pulsionales obteniendo buenas notas en la escuela primaria, en términos freudianos, pensaríamos que ha podido ligar cierta excitación en su origen sexual hacia metas desexualizadas. Sin embargo, no por ello deja de tener lugar cierta satisfacción, ahora indirecta, mediatizada en un placer narcisista (vía el yo ideal), y aportar cierta satisfacción indirecta en los términos del juego a ser el falo de la

⁴⁰ Sigmund Freud: "Esquema de psicoanálisis", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen XXIII, pág. 203.

⁴¹ Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 6.

⁴² Sigmund Freud: "El Yo y el Ello", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen XIX, pág. 1.

madre. Si algo ha sucedido en este movimiento, es que la pulsión ha por así decir, extendido su recorrido obligada por la operación del *Ideal del yo*.

Observemos que la estrechez del recorrido pulsional, en lo que Freud define como satisfacción directa, se ha desplegado de tal forma que enlaza, vía el narcisismo, al objeto, ahora mediatizado, vía el Ideal, en la cultura. Cuanto más la pulsión haya "trabajado", es decir, haya sido esforzada a alejarse de la satisfacción directa, más realizada, sofisticada y exquisita será la relación de un sujeto en la cultura. ¡A diferencia de la realización alucinatoria de deseos, la *verarbeitung* supone el trabajo y, por lo tanto, la transpiración!

Volvamos a las toxicomanías. Existe una recurrencia imposible de soslayar en los decires de pacientes toxicómanos (y no sólo en los decires) que, a falta de una definición más feliz, nos vamos a referir a ella como *la cercanía de la madre*. Aún con la petición de principio de la singularidad del caso por caso, resulta tan llamativo como ruidoso el hecho de que los objetos originarios de muchos pacientes toxicómanos parecen sencillamente haberse negado a la posibilidad de ser sustituidos.

Pero consideremos previamente una objeción posible. Es claro que, en el Edipo, la función de sustituir (en la lectura de Lacan, metaforizar) queda asignada al padre. No se trata de otra cosa que de posibilitar cierto deslizamiento hacia otra cosa más allá de la madre. La metáfora del Nombre-del-Padre⁴³ de Lacan intenta formalizar en términos extraídos de la lingüística este movimiento descrito por Freud. En la consideración de la proximidad de la madre en los decires de los pacientes toxicómanos, corremos el riesgo de quedar presos de ciertos esquematismos según los cuales esta imposibilidad de sustitución pareciera indicar la inminencia de una psicosis. Podría ser, pero no necesariamente es de lo que se trata en estos casos.

En este punto, es donde se sitúa una de las dificultades con las que se han encontrado los analistas que dedicaron su apuesta a las toxicomanías. La tentación de establecerlas como una posición del ser en la estructura fue muy fuerte para algunos que intentaron postular mecanismos psíquicos específicos.⁴⁴ Para otros, el saber sobre el goce al que parecieran aludir estos pacientes, en los términos de poder precisar claramente las condiciones en las que irrumpió en el cuerpo, además de cierta proclividad a desafiar los agujeros que provee la anatomía, los acercó a pensar a las toxicomanías como una perversión. Otros, seducidos por la autoridad como principio de todos los principios, tomaron una única frase, suelta y desprendida (de la obra de Lacan en este caso) y comenzaron una deducción mucho más fiel a cuestiones doctrinales que sugerida por la clínica.⁴⁵ Otros, más atentos a las vicisitudes de los tratamientos con pacientes toxicómanos, se atrevieron a sostener ciertas ambigüedades.

Retengamos por un momento la idea de que, en el decir de un paciente, la madre pueda negarse a ser sustituida y, no por eso, este decir se encuentre desamarrado de la dirección significativa que permite el lazo social.⁴⁶ En muchos pacientes toxicómanos es

⁴³ Jaques Lacan: "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", *Escritos 2*, siglo veintiuno editores, Buenos Aires, 1987, pág. 539.

⁴⁴ Geberovich Fernando: *Un dolor irresistible*, Letra Viva Ediciones, Buenos Aires, 1998.

⁴⁵ Toxicomanías y Alcoholismo, *Sujeto, goce y modernidad*, Fundamentos de la clínica, Instituto del campo freudiano, Atuel, Buenos Aires, 1993.

⁴⁶ Las operaciones de alienación y separación, que Jaques Lacan despliega en su Seminario XI y Posición del Inconsciente, han servido como referencias teóricas para quienes la idea de una continuidad neurosis-perversión-psicosis ha resultado insostenible. Silvia Amigo encuentra, en la frase final de Subversión del sujeto, una forma original de lectura que le permite dar cuenta de razones estructurales para la formalización de estas presentaciones clínicas. (Jacques Lacan: *Los cuatro conceptos del psicoanálisis, El Seminario*, Libro XI, Ediciones Paidós, 1993; Jacques Lacan: Posición del Inconsciente, *Escritos 2*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1980; Jacques Lacan: Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano, *Escritos 2*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1980; Silvia Amigo: "El análisis en los bordes", en *Bordes... un límite en la formalización*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 1995.)

posible advertir un punto en el cual no ha sido resignada cierta continuidad con la madre. Como si la satisfacción directa con la madre mencionada anteriormente no hubiera sido abandonada en una buena medida, pero sin que esto implique existencia de fenómenos psicóticos.

Un paciente consulta luego de varios episodios de su vida en los cuales termina "destruido", en función del consumo de drogas y alcohol. Me dice que las veces en que tuvo algo importante, se encargó de perderlo. Si en algún momento logró obtener un buen trabajo estable, a los pocos días encontró la forma de que lo despidieran; si en otro momento ahorró el dinero necesario para comprarse una camioneta, a los pocos días encontró la manera de destrozarla contra una pared; si una mujer que le gustaba se fijaba en él, se las arreglaba para desilusionarla.

Al tiempo, refiere que no puede soportar las visitas de su madre, puesto que luego de intensas discusiones, él termina "recaliente". Unos meses más tarde, a partir de un sueño, me dirá que hasta los trece años dormía las siestas con su madre, que ella apenas se vestía y lo "calentaba" de diversas formas. A esto le sigue un relato según el cual su madre y su padrastro lo incluyen en escenas sexuales de diversa índole. Se acusa de "degenerado" por haber participado en estas escenas y, en especial, haberse "calentado" con ella. Únicamente el consumo de tóxicos, principalmente de alcohol, pareciera atenuar estas acusaciones. Desde esta perspectiva, resulta claro en qué consiste la "destrucción" que en este caso tiene lugar. Cada vez que el paciente logra cierto atisbo de virilidad, es tan cercano el recuerdo de lo incestuoso, que se le vuelve intolerable.

Otro paciente consulta luego de seis meses de la muerte de su madre. Dirá que ella era todo para él, aunque a sus cuarenta años de edad tenga ocho hijos con cinco mujeres distintas. Desde que su madre murió, todo perdió sentido para él. Ella era quien le organizaba la lista de los cumpleaños de sus hijos y sus mujeres, sabía qué regalos hacerle a cada uno y quien los juntaba con la pasta de los domingos. Unos meses después, me dirá que su madre no sólo cubría sus infidelidades con una sonrisa, sino que, muchas veces, festejaba su poligamia. Es claro que ella aceptaba a todas estas mujeres a condición de que él no se quedara con ninguna. También con una sonrisa, me dirá que él está casado con su mamá, que ella es lo más grande que hay, y me pregunta cómo él no iba a cuidar de ella cuando estuvo enferma. Le ahorro al lector las escenas de cómo él la bañaba y la cambiaba diariamente. Cabe señalar que este paciente consumía todo tipo de sustancias, incluso por vía endovenosa, desde sus catorce años.

Por último, varios años atrás, otro paciente consulta para dejar de consumir alcohol y psicofármacos. De esta manera, se le aliviaba "la cabeza", según decía. Bajo ese efecto dejaba de sentir el peso de "las malas cosas que hizo." Después de un tiempo me dirá que tres años antes volvió a encontrarse con su madre, a quien no veía desde sus trece años. Luego de un tiempo de convivencia, según me dice, una noche ella se pasa a su cama. Él la insulta, le grita que está loca, que cómo va a hacer una cosa así; ella responde que, con su forma de mirarla, él la confunde. A la semana de esto, ella vuelve a aparecerse en su dormitorio. El desenlace no es del todo previsible. Me dirá que en esa ocasión él "hizo nomás" y que lo siguieron haciendo durante unos dos meses, porque a ella le gustaba, y a él... también.

En muchas ocasiones esta *cercanía* tiene su correlato en una identidad negada. Es muy frecuente el relato de pacientes que han tenido dificultades para saber hasta sus datos de filiación. Si la madre es quien señala quien es el padre de su hijo, muchos pacientes toxicómanos dan cuenta de serias dificultades para que un hombre haya dado testimonio por ellos. Madres que enviudaron tempranamente, "hijos de la vejez", padres evanescentes, son términos demasiado frecuentes como para no ser tenidos en cuenta.

Este punto de continuidad es necesario articularlo en términos pulsionales, de tal modo que podamos avanzar un trecho más en la definición. Como si el recorrido de la

pulsión no implicara la *verarbeitung* y, por lo tanto, no se hubiera alejado de sus metas y objetos originales.

El incesto, en los términos propuestos por Freud, es la versión privilegiada de una satisfacción directa con la madre, en clave de lógica fálica. En este sentido, es la forma más clara en la cual puede ser definida la continuidad que queremos establecer. Es frecuente escuchar relatos de pacientes que durmieron con su madre, su padre o su abuela hasta la pubertad, incluso más aún; que encontraron serias dificultades para tener un lugar que respete la distancia y la intimidad; que cada intento de incrementar esa distancia fue, muchas veces, severamente interrumpido.

Si bien el Edipo es la forma paradigmática donde se amalgaman el sexo y la ley, no quiere decir que no podamos pensar estas continuidades incestuosas en términos orales, anales o escópicos. La satisfacción directa con este otro puede darse en el campo de la oralidad en fantasías de devoración, en la mirada (un paciente decía sentirse transparente cuando era mirado por su madre) y en lo anal, cuando el dominio implica digitar hasta la más nimia actividad.

La cuestión que merece ser planteada es que parecieran ser zonas de continuidad, erógenas, por supuesto, que no han podido ser traspuestas en metas y objetos que se alejen de lo originario y directo. Algo así como si, en los decires de estos pacientes, encontráramos importantes puntos de erogeneidad no cedidos, que conservan a un otro originario por objeto. Se evidencia que no ha sido posible mantener una buena distancia.

Es frecuente que madres de pacientes toxicómanos revisen las pertenencias de sus hijos, amparadas quizás en una preocupación socialmente compartida. Estas requisas atestiguan las dificultades para encontrar un espacio propio de intimidad y son el correlato de la continuidad que intentamos definir. Madres que miran sin límites claros, que huelen ropas, tocan y besan con demasiado poco pudor, en nombre del control y la vigilancia por el supuesto bien de sus hijos. Madres que con dedicación exclusiva se esmeran tiempo completo porque sus hijos dejen el ámbito de las drogas, aquel único lugar en el cual no han podido ejercer su dominio.

Es muy interesante en qué medida la "propaganda" de la droga, particularmente todo el imaginario constituido (a veces, fomentado por discursos médicos, religiosos, legales y, ¡hasta psicológicos!) disfraza la continuidad que intentamos precisar. Vale todo en nombre de la lucha contra las drogas y usted, señora, tiene que saber de su hijo hasta cómo huelen sus calzones porque allí, los adictos, ya se sabe...

Muchos tratamientos actuales de toxicomanías insisten en atender más a las quejas de los familiares que a las palabras de los pacientes. Desde aquel slogan clásico forjado en los hornos de las primeras comunidades terapéuticas: "los-adictos-mienten", parece haberseles retirado no sólo el valor de sus palabras, sino también la vigencia y el ejercicio de algunos derechos constitucionales. No es necesario entrar en detalles sobre la crueldad que en esas instituciones se ejerce en función de la recuperación-de-las-drogas. Limpiar los baños con un cepillo de dientes, cavar pozos para que quien lo hace pueda quedar enterrado, o llevar un cartel agravante durante meses colgado del cuello, pueden servir de muestra. Pero lo más llamativo es la pasividad con la cual estos pacientes se han entregado a este tipo de prácticas.

Con la misma frecuencia, se evidencia en los decires de pacientes toxicómanos la docilidad con la que se allanan a esta continuidad con la madre. De hecho, si todo esto merece ser planteado, no es por otra cosa que la comunidad o el encuentro que puede indicarse en esas cercanías. Con los disfraces heterogéneos de la vagancia, la impotencia o el escándalo, lo que se oculta muchas veces es lo ominoso de esos encuentros. Identificar estos puntos de continuidad se constituye, a mi entender, como un elemento de mucha importancia clínica.

No puede sorprendernos que, en la medida en que los tratamientos analíticos se encaminan, y estos puntos de continuidad empiezan a ser elaborados, paciente y analista se encuentren con una resistencia adicional: ¡la de los familiares!

Y no sólo en los decires de los pacientes, para lo que más o menos estaríamos preparados de antemano. Darle dinero a su hijo para que compre cocaína y marihuana no le impidió a una madre hacer todo lo posible por "retirarlo" del tratamiento porque seguía (cada vez más esporádicamente) consumiendo. Ya sabemos por Freud que quien acepta la apuesta de un análisis debe aceptar la posibilidad de "*incumplir el encargo de sus familiares*".⁴⁷ ¡Pero es que, a veces, estos encargos se nos presentan tanto más intensamente! Tampoco puede sorprendernos que la mayor parte de los análisis de pacientes toxicómanos impliquen divorcios o distanciamientos familiares de importancia. Como si éstos fueran intentos de responder más o menos elaboradamente a esa falta de distancia.

Se nos dirá que la neurosis misma también consiste en no haber cedido algo del goce en relación a los objetos originarios. Pero lo que intentamos establecer, como veremos más adelante, no es sólo una cuestión de intensidad.

Promesas (Falta de gesto propiciatorio)

Si la satisfacción directa con la madre se suspende, no sólo se debe al aspecto proscriptivo de la encrucijada edípica, sino porque también, desde esas mismas identificaciones, se habilita una satisfacción indirecta posible. Ya Freud se encargó de acentuarlo de diversas formas: ninguna satisfacción se abandona de buena gana. El marco del Edipo, por lo menos en los términos normativos freudianos, propone una prohibición y al mismo tiempo una habilitación, "*Así (como el padre) no te es lícito ser*"; "*así (como el padre) te es lícito ser*".⁴⁸ De tal modo, en las neurosis de transferencia, el Edipo prohíbe y posibilita, interdicta y, a su vez, facilita.

Pero ¿qué pasa si esta habilitación no se cumple? ¿Qué sucede si el *Ideal* como ordenador no puede ser claramente segregado? ¿Qué pasa si no es posible la satisfacción en esas mediaciones? ¿En qué consiste vivir, sin la promesa de esa satisfacción mediada?

Un sujeto no sólo debe estar habilitado para obtenerla, también tiene que haber sido "propiciado" por alguien para que esas vestiduras permitan un rasgo simbólico imaginario que ancle el ser, una satisfacción pulsional y un placer narcisista. Si en el recorrido de la pulsión no se propone una trasposición que articule la satisfacción en la zona erógena, el placer del yo y un objeto en el Otro vía el *Ideal*, no se extienden las amarras del sujeto a la cultura. No olvidemos que hasta la más sofisticada de las actividades culturales, hasta la sublimación más exquisita "se hace" con la pulsión.

Si la satisfacción no se abandona de buena gana, mucho menos a falta de una promesa semejante. La *sobredosis de tiempo* implica un horizonte desierto de propuestas de satisfacción indirecta. Como si ninguna vestidura hubiera sido lo suficientemente confiable o hubiera estado propiciamente facilitada.

Desde esta perspectiva es posible vislumbrar el surgimiento de movimientos sociales como los *junkies* o los *punk*. No hay forma más lacónica de definir la *sobredosis de tiempo* que el "no future" propuesto (si es que es una propuesta) por el movimiento *punk*. Tampoco está de más sugerir la afinidad de este slogan con las condiciones impuestas por el empuje de la globalización, el horror económico, en lo particular, de un país donde

⁴⁷ Sigmund Freud: "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen XVIII, pág. 144.

⁴⁸ Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 36.

abunda la falta de destino para una gran parte de la población, excluida de la cultura del trabajo.

La *sobredosis de tiempo* pone en primer plano la falta de un gesto propiciatorio que ancle al sujeto en la cultura. Un gesto que se extraña en muchos pacientes toxicómanos, si tenemos en cuenta las neurosis de transferencia. Encontramos claramente que estos pacientes no son causados a la cultura. Nadie festejó una buena nota en la escuela, un gol de media cancha, una primera novia o una amistad. Tampoco nadie se inmutó cuando quiso dejar la escuela secundaria o cuando repitió por tercera vez cuarto grado. Todo pareciera haber trascendido sin pasión. Las identificaciones proponen un "como quien ser" y, por lo tanto, sugieren una forma de regular la satisfacción, indicando de qué forma ésta puede ser obtenida. Al mismo tiempo son aquellas que permiten un destino posible.

Si la habilitación no permite atravesar la puerta de entrada de la casa natal, no es posible una satisfacción mediatizada vía el ideal del yo, por lo tanto, no existe esa promesa de goce más allá de la madre. Las dificultades de muchos de los pacientes toxicómanos para sustraerse a esas cercanías son evidentes. Como si nada pudiera ser recortado con algún brillo que prometa una satisfacción indirecta posible. Muchas veces las cuestiones imaginarias que impregnan las internaciones en comunidades terapéuticas, fugas o la cárcel misma, obedecen más a la necesidad de suspender esta continuidad con la madre, que a una necesidad de aislamiento o a una verdadera vocación delictiva.

El tóxico se propone, en muchas ocasiones, como un intento de conseguir esa distancia necesaria y tan reticente. Muchos pacientes refieren que el único lugar en el cual sus madres no intervenían era en el ambiente de las drogas. Es muy sugerente cierto uso del término "consumo" extendido en el ámbito de (denominación tan problemática como adoptada por ellos mismos) "ex-adictos". Se refieren a "consumo" como si fuera un lugar en el que en algún momento estuvieron. Un paciente puede decir, por ejemplo: "en esa época yo estaba en consumo" como si hubiera estado en Córdoba o Australia. En el decir se desliza cierta referencia topográfica, como si fuera el intento de establecer un lugar por fuera de las coordenadas maternas.

Burroughs hace uso de este recurso cuando sitúa el acontecer de su libro en *Interzone*. Una especie de mundo separado, de leyes caprichosas y tambaleantes en el cual se desarrolla la acción inquietante de sus personajes. Un universo paralelo y discontinuo donde las formas simbólicas imaginarias pierden la consistencia que las caracteriza.

La verdadera paradoja del consumo de drogas como intento de separación es que la alquimia no es más que transitoria y, en la medida en que el tóxico no logra una elaboración psíquica eficaz, las cosas al día siguiente están igual o peor que el día anterior. La operación del tóxico no implica un trabajo de la pulsión y, por lo tanto, se acerca más al carácter alucinatorio descrito muy claramente por Lepoulichet.⁴⁹ Y sólo resta concluir que el planeta "consumo" deja, todas las mañanas, irremediablemente, su lugar al principio de realidad.

Si podemos acentuar la diferencia entre la alucinación y el recorrido pulsional como elaboración psíquica, es porque en la primera, no ha habido trabajo de la pulsión. El carácter alucinatorio del sueño podrá aliviar las cargas de tal manera que el durmiente pueda seguir soñando, pero no por eso la pulsión se ha esforzado hacia los objetos. El sueño puede ser una realización alucinatoria de deseos, pero no por eso el soñante ha movido un dedo para que esos deseos se realicen. Freud podría haber soñado todas sus noches aquel sueño de la placa donde se expresaba el reconocimiento a su descubrimiento. Pero si no dispensaba arduas horas al trabajo, durante tantos largos años, ni el reconocimiento ni la placa hubieran tenido su lugar. Difícilmente podamos exagerar sobre el alto valor económico del soñar; ¡la vida sin el sueño se vuelve intolerable! Pero el deseo no pareciera ser la clave del asunto.

⁴⁹ Silvie Lepoulichet: *Op. cit.*, pág. 52.

A la afirmación de Nietzsche, según la cual en los sueños "*todos los hombres son auténticos artistas*",⁵⁰ cabe oponerle la siguiente consideración:

*"Aún después de haber sido interpretado, no deja de ser cierto que el sueño es una expresión privada, perdida en la soledad del descanso, a la cual le falta la mediación del trabajo, la incorporación del sentido a un material duro, la comunicación de este sentido a un público, en suma, el poder de hacer avanzar la conciencia hacia una nueva comprensión de sí misma".*⁵¹

Es sugerente encontrar en la diferencia entre elaboración y realización la verdadera razón de la inmortalidad de los deseos infantiles, siempre alertas e indestructibles.⁵² Es que, efectivamente, sólo se han realizado en el sueño y ¡la pulsión no se ha visto obligada al trabajo!

En este sentido, la *operación del fármaco* se acerca a la realización alucinatoria de deseo y se aleja de la elaboración pulsional. Entonces, lo que se pretende como una separación termina siendo un fracaso; más de lo mismo.

Es necesario acentuarlo: nadie se separa intoxicándose. Por más pretensión de acto, en el sentido de marcar un antes y un después que reviste el consumo de algunas sustancias, en función de ciertos rituales iniciáticos más o menos colectivos, no se trata de vestiduras que le permitan a estos pacientes lograr una separación clara y distinta. Es cierto que es posible pensar en cierta separación en quienes encuentran en el "*círculo de la droga*" un rasgo que los representa, y que como tal, permite cierto anclaje del ser en esos términos. Pueden de esta forma encontrar cierto lugar en la cadena de ventas y extraer de allí cierta satisfacción.⁵³

El modo en el que muchos pacientes toxicómanos intentan vérselas con esta continuidad con el otro es una verdadera versión de la pereza. A veces escandalosa, a veces en silencio, por impotencia, cobardía o irresponsabilidad, muchos de estos pacientes se las ingenian para no disponer de un rasgo que los separe más claramente y les permita jugar en las reglas de la cultura. Es cierto que para separarse no sólo es necesario el trabajo, sino la capacidad de soportar importantes tensiones. Deberíamos considerar que cuanto más extendido sea el recorrido pulsional más tensiones supone. Por lo tanto, en muchos casos, lo directo del tóxico disfraza una seria incapacidad de dominar los estímulos.

La cultura promete una forma de satisfacción regulada en el marco del *Eros* y un saldo que se evidencia como malestar. Algunos toxicómanos se sirven de un atajo desatendiendo el ideal cultural, que impone que las cosas circulen y sean intercambiables. Es sumamente inquietante la idea de la riqueza que se genera en el intercambio del mercado desapareciendo en las narices de un cocainómano. No es otra cosa que el profundo valor anticultural que en estos casos las toxicomanías implican. Nadie puede desconocer que la producción de bienes es la conclusión de un complejo sistema basado en el intercambio cultural. Un producto es el resultado de la interacción de capital y trabajo, en un proceso que necesariamente requiere de esfuerzo, displacer y tiempo.

Es frecuente escuchar relatos de pacientes que han perdido en pocos días lo que han conseguido en años. Un paciente me decía unos años atrás: "la casa que heredé de mi papá y que le costó toda la vida hacerla, yo me la tomé en dos meses". Pero no sólo con los bienes propios. Es usual el relato de pacientes que la han emprendido con las pertenencias

⁵⁰ Friedrich Nietzsche: *El nacimiento de la tragedia*, Biblioteca EDAF, Madrid, 1997, pág. 59.

⁵¹ Paul Ricoeur: *El conflicto de las interpretaciones*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.

⁵² Sigmund Freud: "La interpretación de los sueños", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Tomo V, pág. 569.

⁵³ "La droga es el producto ideal, la mercancía definitiva. No hace falta literatura para vender. El cliente se arrastrará por una alfombra para suplicar que le vendan". William Burroughs, *Op. cit.*, pág. 9.

de sus familiares, y con las del primero que encuentren en su camino también. No se trata solamente de cuestiones relativas a la delincuencia. Quizá, lo que más llame nuestra atención, no sea tanto la evidente trasgresión de la ley, sino el poco valor que pueden revestir los objetos como trabajo acumulado.

"El adicto necesita más y más droga para conservar forma humana. El álgebra de la necesidad, posesión total, con palabras de la necesidad total, estas dispuesto a engañar, mentir, denunciar a tus amigos, robar, hacer lo que sea para satisfacer esa necesidad total".⁵⁴

Cuando los toxicómanos se entregan a esta función claramente anticultural, se acercan a las figuras del cinismo y, es evidente que, desde este rasgo, ha sido sumamente fácil para la cultura segregar un verdadero estereotipo del toxicómano.

⁵⁴ William Burroughs: *Op. cit.*, pág. 2.